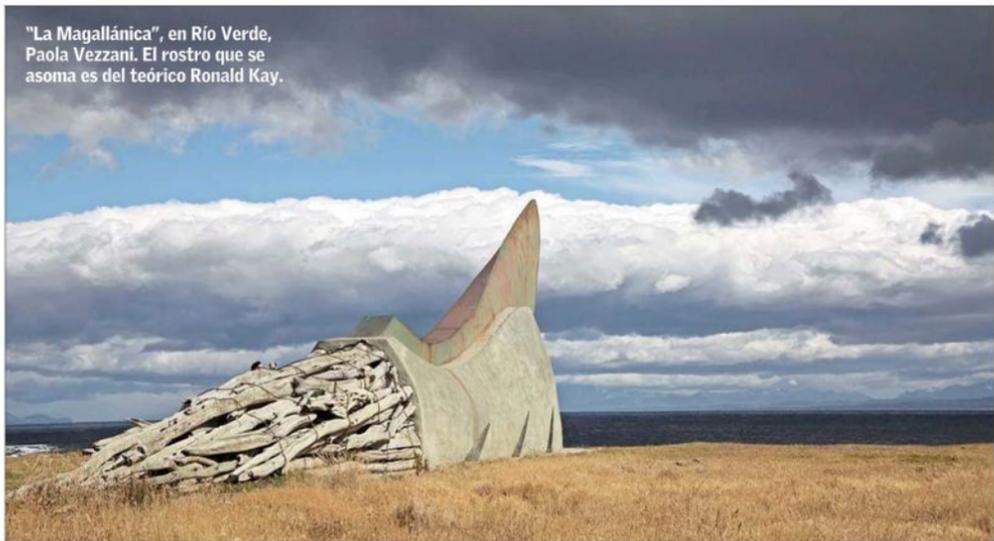


EN CHILOÉ Y MAGALLANES | Arte que abre nuevas rutas:

DOS ARTISTAS DEL SUR (re)dibujan la naturaleza y su historia

La reconocida escultora Paola Vezzani, de Magallanes, y el pintor Guillermo Grez —en Chiloé— desarrollan genuinas obras que (re)valorizan y defienden la naturaleza, sus territorios y cultura, junto con poner en escena las urgencias actuales. Ambos, de dilatadas trayectorias y muy diversos entre sí, asombran y aportan.

CECILIA VALDÉS URRUTIA



"La Magallánica", en Río Verde, Paola Vezzani. El rostro que se asoma es del teórico Ronald Kay.



Su instalación "Pasacalles" conduce por la magia y naturaleza de Chiloé, en su lenguaje genuino; también plasma una sensualidad y advierte sobre la depedración en la isla.

Paola Vezzani y la tierra magallánica

“E n este momento es tan fuerte el viento que el Estrecho está de color blanco”, dice entusiasmada Paola Vezzani, desde Punta Arenas. Es una de las artistas visuales más destacadas de Magallanes y una de las más seguidas en escultura de su generación. El paisaje, el clima, la sociedad y la historia de esas tierras marcan su obra: sus árboles inclinados, los faros, sus monumentales esculturas o pequeños elementos que se funden con la naturaleza y las tradiciones de los pueblos originarios. Exhibe en Estados Unidos y Europa, formada en la PUC, Vezzani (1968) empezó con una obra inspirada en el entorno natural y en su conservación, lo que impulsó también como directora regional de cultura. Y, desde 2006, colabora en el programa biocultural internacional de la Universidad de Magallanes: “Integro la cátedra Filosofía Ambiental, en donde el dibujo es una forma de acercarse a la biodiversidad”. En 2021 inauguró un gran y hermoso faro en homenaje a las víctimas de la pandemia en el Hospital regional de Magallanes y pasó a integrar la Academia Chilena de Bellas Artes. Sus trabajos incluyen hasta la puesta en escena de un teatro de sombras para un cortometraje sobre aves de una isla imaginada por el escritor Óscar Barrientos. Prepara un proyecto para Finlandia y una muestra para Iquique.

Es una de las artistas sobresalientes de su región y de la escena, quien se interna en canales y en bosques aparragados.



La artista, al fondo del Estrecho, en donde se inspira. También en pueblos originarios.

—¿Cómo surgió ese temprano interés por la relación arte y naturaleza?

“Nací en Punta Arenas y me crié en medio de la naturaleza, en una estancia familiar. Esas experiencias marcaron mis imágenes de niña que se remontan al paisaje, a las aves, a la historia, desde lo afectivo. Crecí viendo lo que era un bosque aparragado, una vega, soñaba con descubrir nuevos habitantes de la fauna. En la isla Riesco, en la década del 40, hubo un incendio que arrasó gran parte de su territorio y pasó por el campo de mi abuelo, quedaron bosques quemados que son imágenes dolorosas de mi infancia. Esos árboles que han ido desapareciendo y que son el hábitat para la fauna y la flora, los empecé a trabajar hace 20 años. Había tenido contacto con artistas que estaban en movimientos ecológicos y también me impulsaron a entrar en este mundo de la conservación que llevo al arte”.

Uno de los primeros proyectos de Paola Vezzani fue una “residencia navegable” a la que invitó a artistas nacionales e internacionales que irían a la isla Carlos III. Y entre sus primeras muestras “abordé el paisaje a partir de las piezas que tiene el Museo Precolombino sobre el mundo Kawésqar y Yagán”.

—Una de sus esculturas más impactantes es la monumental “La Magallánica”, que emplazó junto al canal Frítz Roy.

“Fue un proyecto de la Municipalidad de Río Verde con el fin de marcar un hito dentro de un recorrido cultural en la comuna (ubicada a 90 kilómetros de Punta Arenas) y donde se cruza a la isla Riesco. Quise hacer un homenaje a los que habían habitado ese lugar. La obra tenía una forma de arpon kawésqar, pero es también como un eco del paisaje con los

cerros aledaños, los colores del canal, las maderas lavadas por el mar y el metal que pinté de azul. Muchos imaginan ver a un gran cetáceo. Lo importante es que se detengan a observarla junto a la naturaleza que la rodea”.

—La mayoría de sus series evocan el paisaje y la fauna de Magallanes.

“Busco en el arte hacer una metáfora. La presencia de los árboles y la especie es también mi manera de hacer conservación. Creo que si logro que la gente tenga una relación sensitiva y emocional con estas obras, puede valorar de otra manera la naturaleza. El paisaje tiene muchísimas lecturas si se sabe leer. Y de ahí viene, además, esa relación que tengo con científicos, filósofos, músicos y escritores en defensa y valorización de la naturaleza. Siguiendo a Ricardo Rozzi (influyente científico y humanista), decimos que cohabitamos todos los seres vivos, compartimos el hábitat”.

—Y ese fuerte viento de Magallanes, con el que cohabitan, ¿es tal vez el protagonista en sus ramas y árboles?

“Sí, pero el viento tiene también que ver con el ritmo y con ese ondulamiento. Es importante que los árboles tengan ese ritmo, esa forma calada tal vez muy barroca. Las plantas tienen esa gracia y busco que se repita”.

—¿Cuál es su real relación con las culturas y pueblos originarios?

“Tengo una admiración por los yaganes, pero no copio, sino que interpreto. Intento entender esa cultura. Tomo algunos elementos que son inspiraciones efímeras. Hace unos años una abuelita kawésqar enseñó el punto de tejido de los canastos kawésqar y eso me impulsó a una reinterpretación muy libre: amarré y forré piedras. Hice también una especie de iglú que se lo llevaba el viento. Y trabajé “Árboles de memorias”, en la que planteaba la incapacidad de reconstruir algo muerto”.

—Recién inauguró un conjunto de esculturas en el hotel más tradicional de Punta Arenas. ¿Fue complejo?

“Fue un desafío, porque me pidieron retratar la Patagonia. Hice algo, como lo haría un cronista: son figuras humanas insinuadas que evocan a una familia o a una silueta como imagino a un selknam con la naturaleza que son inseparables. Me hizo volver a la figura, aunque en los cargos administrativos que tuve, durante las reuniones, dibujaba a las personas e hice también clases de dibujo durante 10 años en la PUC”.

—¿Y cómo ve hoy el desarrollo del arte contemporáneo en Punta Arenas? Hay prejuicios que en regiones son muy conservadores.

“¡Acá no es así! Pese a que no tenemos escuela de arte, son pocos los artistas, pero hay una mezcla de gran interés entre las distintas disciplinas. Existe un museo de historia natural proyectado por dos hermanos, un artista y un biólogo. Han ido recogiendo aves muertas que limpian, esqueletos de ballenas, etc., y armaron un museo con una puesta de arte contemporáneo notable. Es el Museo Riosco de los hermanos Cáceres. En Magallanes pasa algo especial: como está lejos de movimientos y presiones, los autores se desbordan y se genera un arte más libre y en profunda conexión con el territorio”.



El viento de su región marca sus series ramas y árboles, muchos en extinción

Participa en el curso de campo “Filosofía ambiental”



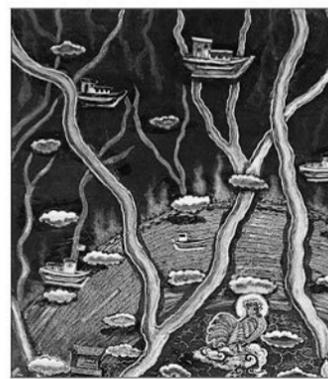
Pieza de su serie “Nao”. Hizo también un gran faro para el Hospital Regional.

Guillermo Grez al rescate de la cultura chilota

Su obra busca revalorizar el Chiloé antiguo con proyectos contemporáneos que seducen y denuncian.

Es como un personaje de cuento, con su barba blanca, que pinta la magia y relatos chilotes. Guillermo Grez (72 años) vive en medio del campo en la hermosa península de Rilán y habita una extraña casa de madera que es “como un *container* lleno de ventanitas de diversos tamaños que miran el paisaje arbolado. Pero antes tenía una cabaña chilota de tejuelas con pilotes sobre la arena, en una playa hermosísima, a metros del agua. Se abría una escotilla y entraba”, cuenta.

Artista autodidacta, su pintura poblada de símbolos y paisajes la extiende a objetos escultóricos, murales y a singulares instalaciones. Hizo un “pasacalles” de género y madera pintadas que impactó: el público hacía fila para recorrerlo en medio de las telas que evocaban lugares y magia. Su “Bosque húmedo” con telas montadas e iluminadas en 10 columnas “formó un bosque surrealista”. Es autor de “Procesión” y “Viste lo que pinto”. Sus piezas con una iconografía más primitiva —que critican también la indolencia de la sociedad hacia la preservación de la naturaleza y de la cultura chilota— se exponen en la Isla y se esperan con expectación en centros culturales de Puerto Varas y localidades cercanas, pero rara vez llegan a Santiago.



Detalle de “El bosque húmedo”, montado en paneles y con iluminación especial.

santitos deposito mis quejas, mis denuncias. El olvido de la cultura chilota”.

—Ha dicho que Chiloé antiguo es lo que lleva en su corazón y no lo quiere soltar.

“Tal vez lo que más busco es transmitir la emoción que me produce esa cultura, la que pasa por mi subjetividad y bajo mi mirada contemporánea. Cuando llegué a la Isla, hace más de 40 años, me enamoré perdidamente de esta tierra y he podido manejar esta emoción dirigiéndola al arte”.

La pintura de Guillermo Grez, más monocroma, parece tomar el colorido del verde chilote cuando se agrisa. “Pero soy muy libre y busco mis propias soluciones. Empecé a pintar sobre tejuelas de casas, recogiendo objetos usados porque me conmueven, son más poéticos. Después postulé al Fondart, lo que me permitió hacer obras que no se iban a vender. Y pase a telas monumentales. Pero uso géneros baratos y pinto directamente con látex al agua, nunca han perdido su flexibilidad, e incorporo algo de acrílico en blanco y negro”.

—¿Cómo va dibujando sobre esos géneros que puebla de imágenes barrocas?

“Pinto primero la tela de color negro y cuando necesito alguna referencia dibujo con tiza blanca y después lo hago con el pincel. Hago cientos de esbozos. Para el pasacalle hice más de 500 bocetos, pero cuando me enfrentaba a la tela todo cambiaba. El color me va diciendo algo distinto, me sugiere una luz. El clima también me influye en el ánimo y el arte; aunque he aprendido a disfrutar de esas brumas poéticas”.

En estos días se encuentra terminando un mural para el Museo de Arte Moderno de Chiloé, encargado por el director del MAM. “Es una interpretación de un pantano con islas pequeñas donde en primavera llega una pareja de patitos migratorios. Tiene una doble lectura: la importancia de los humedales y su resguardo. Hace un tiempo dibujé y pinté una obra sobre la ‘Sagrada lluvia’, con decenas de gotas planas en collages. Aún no llegaba la sequía”.

—¿Qué buscó con ese monumental túnel de pasacalles que revolucionó al público.

“El nombre ‘pasacalles’ induce a error al aludir a esos lienzos que atraviesan calles. En Chiloé significa un canto que acompaña las fiestas religiosas y en esas fiestas se sale de la iglesia, se recorre una explanada y ahí instalan un arco de flores que permite que pasen dos o tres personas. Mi idea era recrear esos arcos, pero cuando intenté averiguar cómo se denominan en la liturgia católica no encontré una respuesta, entonces llamé a la obra pasacalles. La inspiración viene de esa tradición y pinté mis propios arcos, con personajes y símbolos de mi imaginario”.

—En esas pinturas y collages no había ninguna alusión religiosa.

“No las hay. Hay escenas profanas, de sensualidad, otras de denuncia ante la contaminación y la urgencia climática. Pero esencialmente esto es una exaltación de símbolos mágicos y de la naturaleza de Chiloé. Busco poner en valor el paisaje”.

—¿Y qué persigue ahora, con estas figuras de santos monumentales que citan la religiosidad chilota y que exhibe en el Centro Cultural Molino Machmar?

“Me gusta la parte ritual de la religión, lo ornamental, esa cosa lúdica, ingenua. Y esta vez pensé que si iba a tomar un elemento chilote debía ser depositario de toda esa carga de la historia y de ironía también: lo mejor eran entonces las figuras de santos. Recurrí a ese imaginario muy chilote. Es el mejor soporte pues está fuertemente respaldado por la creencia popular. En esos



Guillermo Grez vive en la península de Rilán

Relee la emoción que le produce el paisaje de Chiloé